

minaban las diferencias entre las naciones. Bien pronto, desgraciadamente, la política, aplastando el derecho con la fuerza bruta, iba á degenerar en un latrocinio, y en vez de ser sobre la tierra la reja del arado para aumentar la riqueza y el bienestar, sería el hierro del asesino para matar y oprimir. Entretanto Francia, gobernada por su rey legítimo, hermano de Luis XVI, confiaba en el porvenir y reparaba á toda prisa sus pérdidas materiales; de modo que después de algunos años podía decirse que la batalla de Waterlóo no se había perdido más que para Napoleón y que Francia la había ganado.

Hacia los últimos años de Carlos X, la espada francesa, rota en manos de Napoleón, había vuelto á recobrar su fama civilizadora destruyendo el fuerte principal de la barbarie musulmana en los confines de Europa. Parece como si San Luis hubiese querido hacer ese hermoso obsequio á su familia vendida, á fin de que el nuevo destierro que la afligió no pareciese ya castigo de su esterilidad. Con la toma de Argel se terminaron las cruzadas, en cuanto á lo militar. En otros tiempos Argel hubiera rendido bien pronto á Túnez, y el arado cristiano hubiera entrado en el desierto africano; pero, por desgracia, se había ya pasado la hora de las grandes y nobles empresas, y los gobiernos que sucedieron al último rey cristianísimo parece que no tenían celo más que para mantener el Corán en la Argelia. Su locura rehusó, tanto cuanto pudo, el plantar la cruz de Cristo sobre ese país, y no pensaba más que en sacar de él mucho

trigo. Éste fué sembrado y regado con sangre, pero también con blasfemias, y éstas en mucho tiempo no produjeron sino sediciones, pestes y cadáveres. Sin embargo, Argelia quedó bajo el dominio de una nación cristiana, esperando un hombre providencial que todavía no ha venido. Con Carlos X concluyeron en Francia los restos del orden monárquico y principió una era enteramente nueva.

La historia de la Iglesia jamás fué tan milagrosa como en este siglo, que no ha cesado de proclamar á grandes gritos que se había ya pasado el tiempo de los milagros. Después que murió Pío VI, cautivo de la Revolución francesa, ha sido visible y perenne el milagro que ha sostenido al Pontificado; fué constante tan singular prodigio, y puede decirse que su evidente esplendor, en virtud de otro milagro, cegó á todos aquellos á quienes fué dado y que se obstinaron en negarle. No le verán ellos en este mundo, y serán sin duda privados de esa maravilla y de esa alegría del espíritu y del corazón; pero se verán forzados á creer en él, y sus hijos le verán y le creerán.

Cuando, muerto Pío VI, fué proclamado el último Papa, le sucedió Pío VII por un milagro. Ya había nacido Pío IX, y su cuna flotaba en la sangre de los sacerdotes ahogados entre la ruina de los templos. Pío VII fué un gran Papa y esclarecido cautivo y glorioso vencedor de Napoleón. Murió en Roma, en donde había dado asilo y protección á la familia de su perseguidor, muerto en Santa Elena vencido, prisionero y renegado.

Antes de ocupar la Cátedra apostólica, que la misma política se había apresurado á levantar, el nuevo Pontífice Pío IX, después de la caída de Bonaparte, había visto morir pacíficamente en ella á Pío VII, reinar á León XII, morir á Pío VIII, á Gregorio XVI unir á ella el África y la Oceanía, dos mundos. Había visto también á Irlanda renacer por su fe á la vida civil; á Inglaterra prepararse para una conversión que apenas podía preverse y de la que ya no se puede dudar; multiplicarse las sillas episcopales en América como las espigas en tiempo primaveral; formarse en Francia la Asociación para la propagación de la fe; brotar por todas partes los institutos religiosos; salir de la herejía muchos convertidos é ilustres apologistas para el Catolicismo, y, finalmente, vió á los pueblos católicos resistir y sufrir la persecución y á la tribu santa del Señor dar una cosecha abundante de doctores, de apóstoles y de mártires. Él tuvo que sufrir durante todo su pontificado la audacia y el aumento insolente del mal; pero, sin embargo de eso, él triunfa. Pío IX, por dos veces arrojado de su trono, desterrado y cautivo, permanece siendo el jefe de las ideas y principios de orden, de justicia, de verdadero progreso, de libertad verdadera, porque es el Vicario de Jesucristo.

En medio de sus pruebas y por sus pruebas activa Pío IX el triunfo de la Iglesia. El soberano temporal está preso en el Vaticano, y el Papa extiende por todas partes su autoridad, respetada, reconocida y obedecida de todos sus amantes hijos.

Hay un hombre ante quien los que son más grandes por su virtud, que son también los más nobles y más dignos, se ponen de

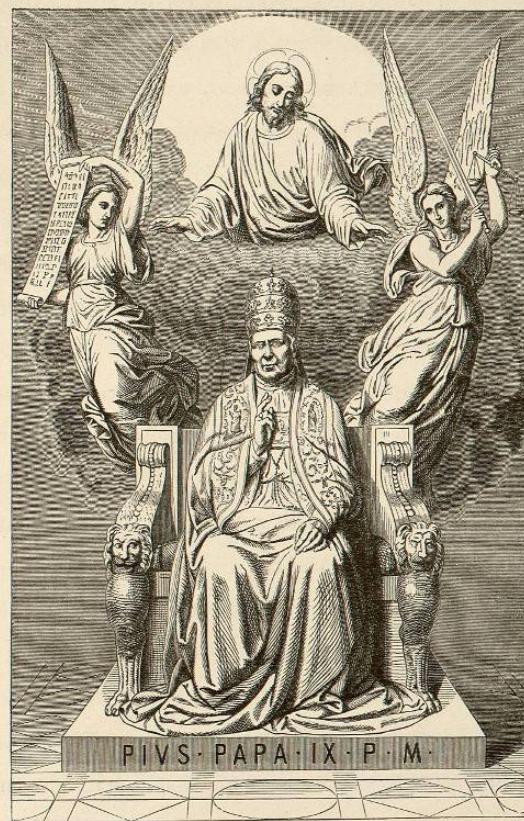


Lámina 144.—Su Santidad el Papa Pío IX.—Conforme M. Inlé, París.—Jesucristo inspira y protege á su Vicario. Los dos ángeles representan la Justicia que castiga á los hombres y la Misericordia que los salva.

rodillas; y ese hombre no es el príncipe de la fuerza, ni el del oro, sino que es el príncipe de la fe.

Bajo el pontificado de Pío IX se agranda y dilata la Iglesia en su parte exterior por la creación de nuevas y numerosas sillas episcopales, por el desenvolvimiento de la jerarquía y de las misiones, por la fundación y propagación de las órdenes religiosas y de las asociaciones católicas, y, finalmente, se ha engrandecido también por las nuevas afirmaciones doctrinales. La Iglesia ha visto el *Syllabus* y tenido el décimonono concilio ecuménico; ha proclamado dos dogmas, elevado dos verdades á la luz de la fe, que son la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen el 8 de Diciembre de 1864 y la infalibilidad del romano Pontífice el 18 de Julio de 1870.

Á la hora en que nosotros escribimos ofrece la Europa política un espectáculo muy singular. Todas las naciones se presentan en él aplastadas y oprimidas por un progreso que ellas han querido, seguido, realizado y celebrado, y que las amenaza de muerte. Progreso en la ciencia, en las artes, en la guerra, en la política, en la industria, en la civilización, y progresos en todos sentidos, los unos particulares y concretados á ciertos países, los otros comunes á todos, pero todos temibles, todos perniciosos y probablemente mortales. Aún para aquellos á quienes el progreso embriaga y llena de orgullo no se les presenta como una renovación que debe llevar en pos de sí felices resultados, sino como el augurio y síntoma de un fin próximo é inevitable. Esos pueblos y países se ven devorados de una inquietud, ó, más bien, de una angustia inmensa, á pesar de estar sacia-

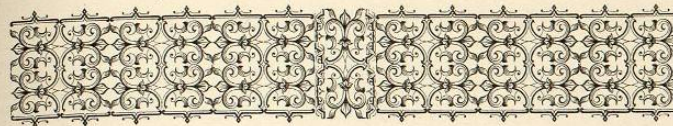
dos de bienes, de gloria y de triunfos, porque cada uno tiene su bien propio, su gloria y su victoria, aún aquellos que han sido humillados por un cambio imprevisto y repentino de sus esperanzas y de su fortuna. Pero también cada uno tiene á la vez su angustia propia y su propia inquietud, hasta aquellos que, merced á victorias inauditas y fabulosas, se han visto repentinamente elevados hasta el último grado de su poderío y grandeza.

El triunfo común de esos pueblos consiste en que creen y les parece haber, por fin, destruido á Cristo y á su Iglesia; y su común inquietud, confesada ó callada, la cual sería bastante para que la Iglesia y su divino Fundador quedasen ya vengados, consiste en que ellos no ven medio alguno de desprenderse del Cristianismo ni de toda sombra de él sin esta Iglesia católica á quien ellos tanto han combatido. Pero la pasión de los hombres que guían el mundo es tal, que, á pesar de su espanto, se les oye decir como á los bizantinos: «¡Antes la media luna que la tiara!»

Á una pasión de tal naturaleza, el mundo cristiano, oprimido, desarmado y sin otra fuerza más que su fe constante, no tiene nada que contestar. Sin embargo, responde y contesta á todo y en todas partes. Sostiene combate contra la ciencia, contra la política, contra los hechos consumados; pero no puede hacer oír nada á sus adversarios, demasiado numerosos y demasiado llenos de vida para ver y para oír, y, sin embargo, quieren permanecer sordos á sus mismos intereses, á sus dudas

y á sus terrores. Conocen que la Iglesia, por más que se diga ó pueda decirse en contrario, no está vencida, y quieren á todo trance que lo sea, que sucumba y desaparezca del mundo, suponiendo que después les enviará Dios algún medio de vivir y pensando que entonces habrán resucitado al César.

Vana esperanza los ilusiona, y verán que la Iglesia, por ellos tan aborrecida, en vez de sucumbir, será la que hará y presidirá sus funerales y la que presenciara el fin de sus esfuerzos. Ella ha comenzado á ser testigo de la decadencia de los poderes públicos que se levantan contra Dios desde principio de este siglo, cuando parece que no había razón alguna de que ella se creyese con vida, y podrá también dar fe de su triunfo contra todos sus enemigos quizá antes de que este mismo siglo se concluya.



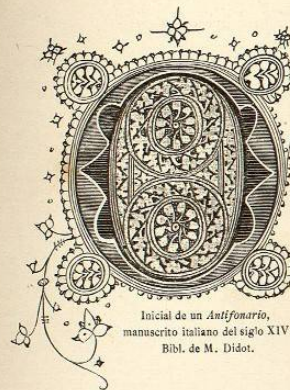
## II

### JESUCRISTO EN EL ARTE

POR E. CARTIER

*Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*  
Ps. IV, v. 7.

#### INTRODUCCIÓN



Inicial de un Antifonario,  
manuscrito italiano del siglo XIV.  
Bibl. de M. Didot.

BLIGADO San Juan á proclamar la generación eterna del Cristo, escribe á continuación : «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, que es la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» La Encarnación del Verbo ha sido la salvación del mundo y quien le ha dado la vida, que es la luz de los hombres, y esa vida y esa luz han purificado y renovado la humanidad. Los pueblos han recibido de Cristo una ley de justicia y de amor que por sí sola